

PRELUDIO DEL ROMANTICISMO EN ANDALUCÍA: LA OBRA LÍRICA INÉDITA DE MIGUEL ÁLVAREZ DE SOTOMAYOR Y ABARCA (1767-1839).

ANTONIO CRUZ CASADO
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Antes de iniciar esta breve disertación es preciso establecer de forma somera la trayectoria crítica seguida con relación al tema citado.

Me he venido ocupando del escritor lucentino Miguel Álvarez de Sotomayor y Abarca desde hace unos cuatro años, con las usuales intermitencias de cualquier estudio, pero sin considerarlo nunca un tema concluido en cuanto a su investigación se refiere; por señalar algunas aportaciones concretar sobre la cuestión, baste recordar que expuse a la consideración pública las primeras noticias documentadas sobre el mismo en las Jornadas de Investigadores sobre Lucena que esta Real Academia llevó a cabo en aquella ciudad, en enero de 1991. Mi primer estudio se titulaba "Miguel Álvarez de Sotomayor y Abarca, un escritor lucentino entre la Ilustración y el Romanticismo" y, al parecer, sirvió para presentar ante una gran parte de los interesados en los estudios locales a un autor muy prolífico y bastante desconocido, cuyo nombre suele estar erróneamente identificado en algunas importantes publicaciones sobre el siglo XVIII, tal como ocurre, por ejemplo, en el fundamental estudio bibliográfico de don Francisco Aguilar Piñal, gran especialista en la centuria ilustrada y además académico correspondiente de esta institución; el profesor Aguilar Piñal lo confunde con su casi homónimo Miguel Álvarez de Sotomayor y Álvarez de Sotomayor, achacándole la obra de este último *Oda al nacimiento de los infantes gemelos*. Más tarde, y de acuerdo con esta atención más o menos constante al lucentino, edité en el número 2 de *Angélica. Revista de Literatura* su poema aracelitano *El genio de Aras*, de fuerte contenido religioso y de gran interés para la ciudad de Lucena, precedido de un prólogo que repetía una parte el estudio anterior y que añadía algunos datos nuevos que había localizado entre tanto. Ahora, próximo a salir un libro con la *Obra selecta* del lucentino, que he preparado para la "Colección de Escritores y temas lucentinos", del Ayuntamiento de Lucena, parece adecuado exponer en esta docta casa algunos resultados de la investigación que he proseguido durante estos años y que me ha deparado la localización de algunos manuscritos más de este escritor. Sin embargo, no todos los textos autógrafos de este escritor de los que tengo noticia han podido ser

consultados por mí, debido a lo que de una manera un tanto eufemística pudiéramos llamar el excesivo celo de su poseedores, a lo que hay que unir la escasa colaboración que de vez en cuando se presta al investigador de temas locales.

Entre los manuscritos que me ha sido factible consultar para la preparación de la edición señalada, (que no es más que una extensa antología de sus textos más representativos), se encuentra una colección de poemas de la que no se tenía noticia alguna y en la que se encuentran recopilados poemas de diversas épocas, fruto de estados anímicos muy variados de Miguel Álvarez.

Con el fin de situar la figura y la obra del lucentino, recordemos algunos de sus aspectos más conocidos (1). Nacido en Lucena, en 1767, y perteneciente a una noble familia de caballeros hijosdalgos, se dedica a la carrera de las armas, militando en la marina. En 1795 es Teniente de Fragata de la Real Armada, destinado a Cartagena. Contrae matrimonio ese año con su prima María Pascuala Álvarez de Sotomayor y Martos; de ese matrimonio nace una hija. En los descansos de sus viajes se relaciona con los socios de la Sociedad Laboriosa Lucentina, y en ella lee diversos poemas de carácter didáctico e instructivo. En 1812 forma parte del Ayuntamiento Constitucional de Lucena y más tarde figura entre los partidarios realistas de Fernando VII, sin que se haya podido determinar con gran precisión la trayectoria de su carrera política. Hacia 1831, Álvarez está jubilado y reside en Lucena. Fallece el 29 de junio de 1839.

En cuanto a sus obras, es preciso señalar que la mayor parte de ella se han transmitido manuscritas, aunque se imprimieron la *Égloga a la muerte de Carlos III*, Barcelona, 1799, *El desengaño*, Antequera, también 1799, y *El Fauno del Nise*, sin lugar ni año. Parte de su producción es de carácter didáctico, tal como se ve en numerosos poemas de la Ilustración; otros son religiosos, dedicados en su mayoría a la Virgen de Araceli, como su poema épico *El genio de Aras*.

La colección poética *El Día*.

Dada la extensión de la colección inédita *El día*, que sobrepasa ampliamente los diez mil versos, agrupados en 76 composiciones de desigual longitud, sólo podemos dar aquí una idea somera de la misma, dejando para otra ocasión, que esperamos próxima, un estudio más detenido y circunstanciado, en el que podamos poner el relieve los datos biográficos y literarios que aporta.

La recopilación, con prólogo del autor, presenta uniformidad y coherencia interna, aunque no tanto cronológica, si atendemos a la división que nos hace Álvarez de los poemas agrupados en este libro. Casi ninguna de las composiciones que se incluyen en *El Día* nos era conocida por cualquiera otra vía, por lo que, en un principio, hay que aceptar la sugestión del poeta según la cual la colección recoge poemas escritos a lo largo de su vida y agrupados de acuerdo con la edad del escritor, conforme los ha ido escribiendo; es decir, poemas de juventud, incluidos en la parte titulada *La mañana*, poemas de madurez que abarcan la

(1) Resumimos los datos del prólogo de nuestra edición: Miguel Álvarez de Sotomayor y Abarca, *Efectos del amor propio*, Lucena, Excmo. Ayuntamiento, 1994.

sección denominada *La tarde* y composiciones de vejez o de su última etapa en *La noche*. El simbolismo que relaciona la vida del hombre con las partes que componen el día es bastante claro y poco novedoso y el propio autor se encarga de exponer los rasgos esenciales que advierte en cada una de estas divisiones: “la juventud no es otra cosa que una mañana risueña —escribe en la “Advertencia” que procede a la colección—, basando siempre contentos y alborozos, sin prevención, medida, madurez ni reflexiones. Algo logra ya de estos importantes auxilios la media edad y semejante a la tarde disfruta resplandores de la mañana y tinturas obscurecidas de la noche. Pero ésta no es en todo semejante a la vejez y última edad del hombre. En ella todo es meditación, todo cultura, todo silencio y a todo se conduce el alma guiada por los benéficos consejos de la experiencia”. De acuerdo con lo expuesto, el propio autor realiza una ordenación de sus obras, a las que se refiere en unos términos escasamente apreciativos, aunque afectivos, que recuerdan un tanto la expresión de Fray Luis de León al definir sus composiciones como “obrecillas que se me cayeron de entre las manos”(2); así señala nuestro poeta: “Bajo este fundamento he querido ordenar mis pobrecillas producciones, exentas ciertamente de todo merecimiento, como nacidas de una imaginación estéril, sin gusto, cultivo, ni principios. Pero ellas han sido suficientes a mi consuelo y entretenimiento en los distintos cambios y agitaciones de mi vida, según van [f. 3 v.] colocadas, y aún me lisonjeo que han merecido excitar la complacencia de mis amigos, tal vez por sólo efecto de su voluntad”. El viejo tópico de la falsa modestia, tan frecuente en determinados discursos, se alía aquí con la decisión de no imprimir sus obras, sus “borrones”, según expresión del autor, lo que no implica que no desee conservarlas: “Y no siendo en mi ánimo, en manera alguna, manchar la prensa con estos despreciables borrones, me parece tengo suficientes motivos en los antecedentes expresados para disculparme a mí mismo el placer de conservarlas”. Algo de verdad se deja ver en estas apreciaciones de Álvarez, puesto que son muy escasas las composiciones que dio a la imprenta en comparación con el amplio número que dejó manuscritas, aunque su calidad es generalmente equiparable a la de otras colecciones editadas por los escritores coetáneos. Por otra parte, la reiteración en considerar poco valiosos sus escritos, carentes de elevado estilo, volvemos a encontrarla en algún lugar de la colección, tal como puede verse en un fragmento dedicado a Tersea:

“A mi estilo sencillo y anticuado,
sin adorno, sin bulto ni elocuencia,
de fría insipidez sobrecargado,
¿quién es dable le preste preferencia,
ni a quién podrán gustar versos tan llanos,
que a la prosa no tienen diferencia?”.

(2) La cita exacta pertenece a la advertencia previa de fray Luis a sus obras y dice: “Entre las ocupaciones de mis estudios en mi mocedad, y casi en mi niñez, se me cayeron como de entre las manos estas obrecillas; a las cuales me apliqué más por inclinación de mi estrella que por juicio o voluntad”, Fray Luis de León, *Poesías*, ed. P. Angel Custodio Vega, Barcelona, Planeta, 1975, p. 5.

El cuaderno que contiene *La mañana* ofrece con preferencia poemas amorosos, en los que se expresan esas habituales intercadencias del amor juvenil que van desde la correspondencia al olvido, de la leve esperanza al rechazo. Es frecuente el ambiente pastoril en muchos de ellos, especialmente en los que componen el ciclo de Celira, designación que hace referencia al nombre supuesto de la primera amada, (que parece remitir a un apelativo tan lucentino como Araceli, si ordenamos las sílabas de Celira en "raceli"), aunque predomina el sentimiento amoroso; todo el universo aparece marcado por el signo del amor, del que ningún elemento de la naturaleza circundante puede sustraerse, tal como se indica en el prólogo de esta parte:

"ni desde el pardo toro,
que pisa el bosque umbrío,
y con pardos bostezos
estremece los valles y los riscos,
hasta el más inocente
canoro pajarillo,
que selvas y arroyuelos
alegra cadencioso con sus trinos;
jamás amor dichoso
[f. 4 v.] libertarse han podido
de sufrir tus cadenas,
dobles gustosos, cuanto más cautivos".

En ocasiones el tono de alguno de estos poemas es blando, anacreóntico, como es habitual en cierto tipo de composiciones neoclásicas, de las que puede ser ejemplo la serie de odas incluidas en *La paloma de Filis*, de Meléndez Valdés(3), en las que diversos animales, unas veces salvajes y otras domésticos, como los perros, los gatos o los pájaros, se complacen en manifestar también su afecto por la amada. Es precisamente lo que hace un ruiseñor, en la oda de Álvarez titulada "La ocasión mal empleada":

"Cuando vi que del sauce
un ruiseñor parlero
blandamente volaba
de la hermosa dormida al blando seno.
Con trino delicado
garlaba, y placentero
el carmín de los labios
picaba ansioso con impulso tierno".

Predominan en estas primeras composiciones de *La mañana* los metros cortos, agrupados en ocasiones en romances de índole pastoril y vaga sensualidad,

(3) Pueden verse algunas muestras de este libro en Juan Meléndez Valdés, *Poesías selectas. La lira de marfil*, ed. John H. R. Polt y Georges Demerson, Madrid, Castalia, 1981, pp. 80-81.

como hemos señalado. El paisaje suele estar en función de los estados de ánimos, como es habitual en los poetas que introducen notas paisajísticas en sus poemas y como puede verse, por ejemplo, en una de las primeras estrofas de la composición titulada "Esperando la media noche para hablar a Celira":

“¡Qué apacible te miro, noche fiera!
 ¡Cuán gozoso contemplo tus horrores!
 ¿Dónde está el ceño, ni la fez severa,
 que imputan al candor de tus primores?
 Tranquila noche, grata y lisonjera,
 le das gozoso alivio a mis amores,
 pues se envuelve en tu manto pavoroso
 el instante de ver mi dueño hermoso”.

Algunos momentos de ese poema nos parecen especialmente conseguidos, en el contexto general de la creación de Álvarez, como la inminencia de la llegada de la amada:

“En la alta torre, el índice del viento
 tu silencio interrumpe su quejido
 y el pardo búho con medroso acento
 rápido vuela al tenebroso nido.
 De la campana el eco lleva el viento,
 modulando a distancias su sonido.
 Todo anuncia que llega y se apresura
 el instante de ver a mi hermosura”.

En la lectura del poemario se aprecia que los endecasílabos han ido desplazando a los octosílabos conforme avanza la colección, de la misma manera que el amor va siendo sustituido por otros sentimientos, especialmente el agradecimiento o la amistad. También la correspondencia amorosa se transforma paulatinamente en correspondencia literaria, con una temática indiscriminada. Así en un poema que sirve como eje o transición entre los poemas dedicados a Celira y los dedicados a Tersea, encontramos una invitación a una dama, llamada Concepción, cuyo nombre propio coincide con el de la Duquesa de Medinaceli (4), para

(4) Véase la composición titulada "En celebridad de los días de la excelentísima señora Duquesa de Medinaceli", donde se indica el nombre de la noble dama:

“Hoy el sol en su giro iluminado
 época tan feliz de amor señala,
 instante afortunado
 en que el gozo propala
 la aurora que interesa
 de la gran Concepción, nuestra duquesa”.

aunque no tenemos seguridad de esta Concepción sea la Duquesa de Medinaceli, de cuyas posibles aficiones poéticas no refleja nada el poema mencionado. De cualquier manera el dato es interesante, puesto

que ésta escriba poesía. En una canción a cuyo título antecede la indicación “[f. 26 r.] Lleno de gratitud Miguel Álvarez Abarca dirige a la amable Concepción estos borrones por haber condescendido en escribir estos versos para la jura de banderas” y tiene que ser un texto bastante más tardío que estos poemas primerizos de amor pastoril, puesto que por su tema está conectado con diversas composiciones que se recogen en una colección de poemas patrióticos(5) editados hacia 1827, con lo que la aparente ordenación cronológica de las composiciones, que el propio autor señala y lleva a cabo en esta colección, se rompe.

A continuación del “ciclo de Celira”, se incluyen otros poemas que pueden agruparse en lo que proponemos llamar “ciclo de Tersea”, de acuerdo con el nombre poético de la dama a quien van dirigidos y que resulta ser anagrama bastante claro de Teresa.

El propio autor nos indica que este personaje oculta el de la señora Teresa Sancho, residente en Murcia, dedicada con cierta asiduidad a la creación literaria (6), aunque su nombre no lo hemos localizado en repertorio alguno de escritoras del siglo XIX o anterior, a pesar de haber consultado los que nos parecen más completos (7).

Domina en esta serie la epístola poética y otras composiciones afines, como las felicitaciones por cumpleaños, enhorabuenas, algún epitalamio, etc., en tanto que los versos suelen ser endecasílabos, bien contruidos y algo prosaicos; en ellos aparece el pseudónimo habitual de nuestro escritor, Alvaro, con terminación paroxítona. Aparte de su interés como correspondencia amistosa, aparecen en estas obras menciones de algunos autores a los que Álvarez considera de induda-

que nos habla de una dama lucentina que escribe versos patrióticos a principios del siglo XIX. Por otra parte, encontramos en la canción a la Duquesa de Medinaceli algún eco gongorino, ya prácticamente lexicalizado, en este poeta tan apegado al estilo llano; se trata de dos versos que recuerdan el principio de las *Soledades* gongorinas:

[f. 95 r.] “Era del día la estación risueña
en que el sol sin ardor lo anima todo”.

(5) En la *Colección de papeles distribuidos en 30 de mayo de 1827 en la heroica y siempre fiel ciudad de Lucena, día del soberano de las Españas, el Sr. D. Fernando VII, con motivo de la suntuosa celebradón de la bendición y juramento de la bandera y estandarte de las cuerpos de sus beneméritos voluntarios realistas*, Antequera, Imprenta de D. Agustín Gallardo, s.a., aparece en la página 97 un soneto encabezado por la indicación: “Una señorita de esta ciudad de los beneméritos voluntarios realistas en el día del juramento de bandera y estandarte”, y firmado por las iniciales D.P.R., que corresponden, según aclaración en página 108 (“Los versos del Padre Ramírez llevan estas iniciales, D.P.R. y los de D. Miguel Álvarez, D.M.A., advirtiéndome que la dedicatoria y los versos del manifiesto corresponden al Padre Ramírez”), al religioso fray Francisco de Paula Ramírez, condecorado por Su Majestad con el escudo a la fidelidad”, vid. p. 28, del folleto mencionado. No es improbable que los versos de esta señorita lucentina, llamada Concepción, según el poema de Álvarez, fueran corregidos por el religioso.

(6) Así se desprende de diversas afirmaciones que el escritor incluye en su poesía, como la siguiente:

[f. 32 r.] “Una canción me incluyes, que ha pulsado
su delicado tono lisonjero;
tan fecunda la encuentro y tan precisa
en conceptos, dulzura y consonancias,
que casi aplaudir quiero”.

(7) Tenemos a la vista el completísimo repertorio de María del Carmen Simón Palmer, *Escritoras españolas del siglo XIX. Manual bio-bibliográfico*, Madrid, Castalia, 1991.

ble relevancia, entre los que se encuentran expresamente mencionados Garcilaso, Ercilla y Leonardo, nombre este último que puede aplicarse a cualquiera de los hermanos poetas, si es que no encubre al rector de Villahermosa, Bartolomé Leonardo de Argensola, quizás el más conocido de los dos aragoneses (8). Como puede observarse, se trata de una corriente claramente clasicista, de la que hay que considerar deudora, en cierto sentido, la poesía del lucentino, al menos en su primer período.

Otro detalle curioso de esta correspondencia amistosa es la aparición de un retrato o descripción física del autor, cosa que nos hace conocer aproximadamente el aspecto de Álvarez, según su propia consideración, puesto que, al parecer, no se nos ha transmitido una representación fidedigna del mismo. Se trata de un retrato a medio camino entre lo físico y lo moral, en el que el poeta indica:

“Yo bien sé que si vieras mi figura
 quedarías sin duda disgustada
 por poco que te agrada la hermosura.

Mi formación es flaca descarnada,
 de un colorido obscuro en su compuesto
 y su extensión no es corta ni avanzada.

En mi semblante están de manifiesto,
 según dicen, la chanza y la alegría,
 más también la fealdad dan por supuesto.

Únese a tan feliz fisonomía
 el natural desgarbo de mi talle
 y la más natural desidia mía.

Ni en estrado, señora, ni en la calle,
 ni aún de amor reventando no he podido
 compostura jamás al cuerpo dalle.

Mi desaliño es ya tan conocido
 que sirve de proverbio mi persona,
 con que queda el desgaire definido.

[f. 29 r.] Y no te creas que mi edad abona
 esta falta de propia diligencia,
 pues ella fue de mi niñez corona.

No me acuerda aquel tiempo mi conciencia
 el placer de agradar mujer alguna,
 que a lo menos llegase a mi experiencia.

Y esta prueba lo es muy oportuna
 del valor personal que me asistía,
 pues al mérito cede la fortuna.

(8) Sin embargo, existe una edición de Lupercio relativamente cercana a estas fechas de finales del siglo XVIII: *Las Rimas del secretario Lupercio Leonardo de Argensola*, aparecida en 1786; cfr. Russell P. Sebold, *Descubrimiento y fronteras de neoclasicismo español*, Madrid, Fundación Juan March/ Cátedra, 1985, p. 81. Con todo, en el mismo año de 1786, se editan también las *Rimas* de Bartolomé; véase al respecto la edición de José Manuel Blecua, *Lupercio Leonardo de Argensola, Rimas*, Madrid, Espasa Calpe, 1972, p. XLIV.

Aqueste es el Narciso que decía
tu carta, que su vista deseabas;
ya ves tu corazón cuán mal quería”.

Como se sabe, no es inusual la descripción que hace un escritor de sí mismo en nuestra literatura; aparte del caso bien conocido de Cervantes en el prólogo de sus *Novelas ejemplares*, gracias al cual sabemos cómo era nuestro más importante hombre de letras en su vejez, encontramos el mismo recurso en el malagueño Juan de Ovando y Santarén (1624-1706) (9), y en el montillano Gonzalo Enríquez de Arana y Puerto (1661-1738) (10), por no mencionar más que algunos casos de escritores andaluces poco conocidos, como ocurre con Álvarez de Sotomayor.

En los poemas a Tersea sigue vivo el ambiente pastoril que era habitual en las poesías dedicadas a Celira, cuyo recuerdo aparece también ocasionalmente, sobre todo cuando le confiesa la muerte de su primera amada, circunstancia que quizás no hay que considerar al pie de la letra, sino más bien como recuerdo literario (recordemos la idea de Fernando Pessoa de que “el poeta es un fingidor”), puesto que la noticia se encuentra en un poema en que Tersea aparece en una situación de dolor provocado por los terremotos ocurridos en la ciudad de Murcia. Tanto en éste como en otros poemas, el poeta dedica palabras de aliento a Tersea y le insta a tener confianza en la Providencia, al mismo tiempo que habla de su propio dolor ocasionado por circunstancias personales, entre las que se incluye la muerte de Celira. Los versos son los siguientes:

“Celira falleció, dicho está todo
cuando puede decir un tierno pecho
que para hablarte apenas halla modo.
Tú, Tersea, que sabes el derecho
que a mi digna pasión justo tenía
de mis congojas pulsarás el hecho.
Partió a la patria donde provenía
y entre espacios de gloria interminable
sus virtudes premió sabiduría”.

En otras partes de *La mañana* encontramos poesía de encargo o de circunstancias, como el epitalamio a Don Antonio Valdecañas y Tafur, Conde de Valdecañas y a su esposa Doña María Francisca Oriortua y Zayas, en el que se incluyen numerosos referentes mitológicos, como es habitual en este tipo de composiciones, o la enhorabuena y felicitación a Don José Pareja, vecino de Granada, tam-

(9) Cfr. Juan de Ovando y Santarén, *Ocios de Castalia en diversos poemas* [1663], ed. Cristóbal Cuevas García, Málaga, Diputación Provincial, 1987, pp. 170-174.

(10) Cfr. Gonzalo Enríquez de Arana y Puerto, *El cisne andaluz (Selección)*, ed. Antonio Cruz Casado, Montilla (en prensa). La composición se titula “Pintándose a sí mismo. Endechas”; el título es casi idéntico a la de Ovando: “Píntase el poeta a sí mismo”. Aprovecho la ocasión para agradecer, una vez más, al bibliófilo montillano Don Manuel Ruiz Luque la impresión que están llevando a cabo del libro de Enríquez de Arana, con lo que manifiesta de nuevo su amor a la cultura de su ciudad y a los cultivadores de la misma.

bién con motivo de su casamiento. Diversos poemas a Tersea son productos asimismo, como hemos señalado, de situaciones felices.

En *La tarde*, la segunda parte de la colección, se tiende por lo general al olvido del ligero sentimiento amoroso y a la inclusión de temas más profundos y trascendentales, como la preocupación humanitaria por los demás, determinados sucesos históricos y políticos o la presencia de la muerte. De esta forma encontramos una versión manuscrita de la *Égloga en el fallecimiento del Señor Don Carlos Tercero*, que puede ser la misma *Égloga a la muerte de Carlos III*, que Ramírez de Luque menciona como impresa en Barcelona en 1799 y cuya edición no hemos visto aún. Se trata de un diálogo poético y exaltación de las virtudes del difunto monarca por parte de Delio y Dalmiro, en cuyo desarrollo interviene también el propio poeta como narrador.

Aparece en esta sección un nuevo corresponsal, Lauro, de cuyo fallecimiento se daba noticia en uno de los poemas anteriores dedicados a Tersea. A Lauro escribe una carta, un romancillo en estilo antiguo, forma de expresión de la que, según indica Álvarez, gustaba mucho su amigo, y, más adelante, otra contestación a Lauro, defendiendo su predisposición y gusto por la vida solitaria, cosa que el amigo le afeaba. Hay además una contestación del poeta a su buen amigo Don Francisco de Paula Ramírez, personaje que podría subyacer bajo la personalidad del Lauro literario, si omitimos la idea de su fallecimiento expresada en una carta a Tersea, puesto que el personaje real está todavía vivo en 1827, tal como lo demuestra su participación como prolífico poeta en la *Colección de papeles distribuidos en 30 de mayo de 1827 en la heroica y siempre fiel ciudad de Lucena*. De nuevo la ordenación cronológica aproximada que aparece en las composiciones de esta colección se altera, como hemos sugerido en otras ocasiones, puesto que en *La mañana* se nos ha transmitido la muerte de Lauro y en *La tarde* aparece vivo, como corresponsal del autor. Además nos da noticia de que Ramírez había compuesto un poema titulado probablemente *Minerva*, que no gozó de gran aceptación entre los intelectuales lucentinos, al igual que *El fauno del Nise*, tal como puede desprenderse de estos versos:

“Tu Minerva y mi Fauno en tono raro
la virtud aplaudieron de un juez justo,
tan íntegro, sapiente, amable y claro.
Si no alcanzamos a llenar el gusto
del poético genio lucentino
y a nuestras voces se presenta adusto,
no es éste un resultado peregrino
que nos debe excitar amargo llanto,
ni acallar del laúd el eco fino”.

En esta parte hay diversas composiciones en torno a sucesos históricos, como la titulada largamente “Defensa de la Real Marina contra las injustas críticas que se extendieron en toda la nación originadas por el desgraciado suceso del día 14 de febrero del año de 1797, en el combate naval del Cabo de San Vicente”, en donde recurre con gran frecuencia a la mitología, detalle que merece una especie

de exculpación por parte del autor en la advertencia que precede al poema. En esta "Defensa" señala que la derrota no se debió a falta de celo por parte de la marina, sino al "abandono con que toda la nación lo desatendió [se refiere al cuerpo de marina], hasta el vergonzoso término de destinar como su castigo para el servicio de los [f. 77 r.] bajeles los delincuentes de toda profesión, clase y naturaleza. No son las armadas ejércitos que con sólo hombres y valor se hacen respetables; en aquéllas se necesitan añadir otros auxilios, conocimientos y costumbres de que carece la nuestra". A continuación expresa su orgullo de estar en este benemérito cuerpo: "Soy marino, me lisonjeo de servir en este honroso cuerpo, pero mi carácter me constituye imparcial y, de consiguiente, me conduce únicamente la fuerza de la justicia y la razón. El amor a ésta y el que me merece este noble cuerpo, blanco de las desgracias y de los enconos de un público inconsiderado y sólo adulador del buen éxito en todas las operaciones, a este distinguido y tan interesante cuerpo dedico, pues, este corto tributo de mi afecto y veneración". A su interés histórico une este poema diversos rasgos claramente prerrománticos, como el principio de la descripción de una tempestad:

"Con su lóbrego manto pavoroso
 enlutaba la noche el regio cielo
 duplicando el terror y desconsuelo
 del Aquilón el silbo vigoroso.
 Con furia y con estrépito anheloso
 las nubes desgajaban sus raudales.
 [f. 77 v.] Los míseros mortales
 de espanto poseídos,
 unos las altas cimas procuraban
 y otros de las cabañas guarecidos
 su término esperaban,
 mirando todos con igual desvelo
 cerca el pesar y lejos el consuelo".

Un sentido parecido al anterior poema tiene el titulado "Papel que dirigí a los injustos enemigos de la razón y de la Marina, con motivo de las cobardes proposiciones vertidas sobre el ataque dado por las lanchas cañoneras a un navío inglés, en las aguas de la Caleta el día 21 de septiembre de 1798", en tanto que en otro se nos informa de su participación directa en la batalla de Bailén, "Proclama a los andaluces a poco tiempo de haber conseguido los triunfos de la gloriosa batalla de Bailén, en cuya acción tuve el contento de tener las armas en la mano, a las órdenes del General Reding", composición que merece más detenimiento y de la que espero ocuparme en otra ocasión. Un sentimiento trágico especial ofrece la elegía a la muerte de un amigo, Don Francisco de Paula Tíscar, que fue despedazado por una bala de cañón en la mañana del 14 de julio de 1798, cuando se produce una batalla bajo las murallas de Cádiz.

Otros poemas, de los que sólo podemos hacer mención, nos informan de su intervención como socio en las sesiones de la Sociedad Laboriosa lucentina, ante la que leyó su oda *La voz del pueblo agradecido*, que nos ha llegado por otro

conducto. Las nuevas composiciones localizadas se titulan “El Silvano. Papel dirigido a la Sociedad Laboriosa de esta Ciudad de Lucena y pronunciado en su junta general, celebrada para la distribución de premios, en el día 14 de octubre de 1819”, y “El oráculo de Aras. Papel dirigido a la Sociedad Laboriosa de esta ciudad de Lucena y pronunciado en su junta general celebrada para la distribución de premios en el día 14 de octubre de 1820, cumpleaños del Rey”. Se da lugar con la localización de estos tres poemas a una especie de pequeña trilogía temática, precisa de estudio y edición, como la mayor parte de las obras de este lucentino, que resulta interesante además por las notas que acompañan al primero de los textos mencionados y que tratan de otras composiciones leídas y premiadas en la Sociedad Laboriosa; como puede deducirse del destinatario de estas composiciones, la mencionada Sociedad, nos encontramos ante poemas didácticos de intenciones de mejora social y económica.

En otro de los poemas de *La tarde*, “La visión de Astrea, diosa de la justicia”, se nos habla de un suceso local, un asesinato llevado a cabo en la persona de una señora noble y de sus sirvientas por un criado italiano. La crónica negra lucentina tiene aquí la expresión literaria de uno de sus casos más antiguos; la explicación que precede al título es indicativa del contenido: “Con motivo del atroz asesinato cometido en la señora doña María de Araceli Chacón y Altamirano y dos jóvenes sirvientas suyas por un inhumano criado, de nación genovés, con el fin de robar a dicha desgraciada señora; al tiempo de espiar aquel monstruo su delito en el suplicio compuso este ligero escrito Miguel Álvarez Abarca”.

Diversos poemas más de índole familiar, algunos sonetos y diversas reflexiones políticas, algunas fechadas muy tardíamente (11), componen el resto de *La tarde*.

En la tercera parte de *El Día*, titulada *La noche*, encontramos al igual que en las anteriores una serie de “Desahogos, consuelos y pensamientos, producidos en verso por Miguel Álvarez Sotomayor y Abarca, teniente de navío retirado de la Real Armada”, en donde interesa resalta que nuestro personaje está ya retirado de su oficio de marino, detalle que intenta prestar una coherencia externa a la colección de la que hemos visto carece en diversas ocasiones. En esta parte el poeta mira ya lejana su juventud y su actitud se torna desengañada ante la vida. El arrepentimiento de algunas acciones propias de su juventud, la alabanza de la amistad, así como el tono moral, son otras tantas características de *La noche*.

En una epístola a su amigo Lauro, de carácter político, la “Carta de Miguel Álvarez Abarca, contestación a un amigo en el año de 1810, en que dominaban los ejércitos de Napoleón en España”, dice a su correspondiente que espera siempre el amparo divino, y en otro poema, de características parecidas, le insta a huir de la riqueza y a vivir en una áurea medianía, según se aprecia en los versos siguientes:

(11) Me refiero a “Reflexiones de Miguel Álvarez Abarca con motivo de los funestos sucesos de los años de 835 y 836”, que pueden ser de las últimas composiciones del autor, fallecido en 1839.

“No, Lauro mío, no los falsos gozos
de tus anhelos sean triste blanco,
busca la dicha en sólo las virtudes
y las virtudes busca en los trabajos.

Huye, pues, del placer hasta la sombra,
pues hasta en la ilusión nos es contrario,
[f. 166 v.] y de la distinción, fama y riqueza,
si quieres ser feliz, huye el encanto.

La dulce medianía, el grato olvido
de los míseros hombres agitados,
el estudio continuo de ti mismo,
la paz de tu conciencia en todo caso,
te harán vivir feliz y en tus acciones
te harán después del cielo el soberano,
superior a las vanas pretensiones
de un modo inconsecuente y temerario”.

Más adelante, en un amplio muestrario de reflexiones estoicas, encontramos referencias al vano temor de la muerte, a la situación de pobreza aceptada que manifiesta el poeta, a la vida, como algo lleno de llanto y angustia. Esto último se advierte en la titulada “Breve manifestación que hace Miguel Álvarez Abarca de los llantos y agitaciones que cercan la vida humana”, cuya primera estancias es paradigmática en este sentido:

“Todo al hombre es terror, todo amargura,
y en todo mira confusión y espanto,
el mismo presta margen a mi llanto,
el mismo da fomento a su tristura.
Su macilenta idea le procura
de inesperados males la creencia.
En eterna dolencia
teme lo que tal vez su bien alcanza,
en lucha pesarosa su esperanza
ansía, obcecado por sus propios males.
Huye la confianza
y en llantos criminales
viven en triste angustia los mortales”.

Uno de los escasos recursos que quedan al autor, ante un universo lleno de dosolación, es la amistad, cuya alabanza se reitera en diversos lugares:

“Qué grata es la amistad, con qué dulzura
cautiva el corazón y lo aficiona;
qué delicia tan pura
derrama sobre el pecho que aprisiona.
[f. 180 r.] Un buen amigo excede
a cuanto bien lograr un hombre puede”.

Hay en esta parte temas prerrománticos muy acusados, como la invocación a la noche, incluida en nuestra selección, en tanto que en otras ocasiones recuerda la aldea y deliciosos sitios donde disfrutó sus primeros años; se trata entonces de composiciones llenas de recuerdos infantiles, en los que aparece la sombra siempre grata del padre. Otras veces alaba su dichoso retiro, su vida alejada del mundo, con sentimientos que recuerdan a Fray Luis de León, tal como se ve en una carta-romancillo a Lauro, y en alguna ocasión consuela al fiel amigo de la melancolía que le afligía.

“El templo de la verdadera sabiduría”, un conato de poema épico moral, con un solo canto y un profundo simbolismo moral, cierra la colección de poemas, cuyo valor para conocer la personalidad y trayectoria de Miguel Álvarez resulta innegable.

Como hemos indicado al principio, el autor tenía cierto aprecio a esta obra, a pesar del manifestado rechazo a editarla; sin embargo, a nosotros nos parece una recopilación interesante en la que se articulan poemas pastoriles del más puro neoclasicismo con otros que auguran ya la naciente sensibilidad romántica, fiel reflejo de la personalidad del autor, a caballo entre tendencias y siglos. Nos parece que su conocimiento y su estudio aporta nuevos datos a esa etapa aún poco conocida, que sirve de transición entre el pensamiento ilustrado y la sentimentalidad que preludia de forma inequívoca el romanticismo. Para Andalucía se recupera así un eslabón más de la trayectoria literaria, simbolizada en este caso por un prolífico y olvidado escritor lucentino.

APÉNDICE.

TRES POEMAS DE LA COLECCIÓN *EL DÍA*.

A un desdén de Celira.

¡Qué densas nubes encubren
 los resplandores del día!
 ¡Qué mudas están las aves,
 qué mustia la pradería!
 El hondo Genil que ufano
 por estos valles corría,
 ya sordamente se mueven
 sus corrientes cristalinas.
 [f. 12 v.] El murmullo lisonjero
 de la inquieta ventolina
 ya en asperezas del cierzo
 trocó su agradable risa.
 Los árboles no dan sombra,
 ni en ellos la dulce brisa
 mueve el ramo delicado
 donde el colorín se anida.

Del bullicioso arroyuelo
 las espumas fugitivas
 mezcladas en torpe lodo
 ni ya murmuran, ni brillan.
 Los corderos ya no balan,
 ni el buen manso que los guía
 viene a lamer blandamente
 la mano que lo acaricia.
 Trozal, mi mastín celoso,
 que antes mis pasos seguía,
 triste detrás del ganado
 apenas su dueño mira.
 Aún parece que en las peñas
 está la tristeza escrita,
 dando gemidos el viento
 que en sus hendiduras silba.
 Todos, ¡ay de mí!, parece
 que mi pensar los contrista
 y a todos mi desventura
 siente, apesara y lastima.
 ¡Qué ajena de tantos males
 vivió la esperanza mía,
 cuando mi amor apreciaba
 el dulce bien de mi vida!
 [f. 13 r.] Pero ya, cual del arroyo
 pasa la corriente limpia,
 pasó mi gozo dejando
 el recuerdo de mis dichas.
 Ya burló mis esperanzas,
 ya me aborrece Celira,
 dejándome mi desgracia
 para tormento la vida.
 ¡Qué mal hace, qué mal hace
 Quien en mujeres confía!
 ¡Oh tranquilidad amable,
 ya te suspiro perdida!

[f. 70 v.] Égloga en el fallecimiento del Señor Don Carlos Tercero (12).

Dalmiro Delio

(12) Carlos III fallece en 1788; en esa fecha Alvarez de Sotomayor, nacido en 1767, cuenta con unos 21 años. Es posible que el poema, bastante bien construido, sea posterior a 1788 en algunos años.

Poeta.

Con densa nube el sol obscurecido,
ronco el viento bramaba impetuoso,
rayos lanzaba el cielo proceloso,
corría el hondo Tajo enfurecido.
Tímida el ave no abandona el nido,
inquieto en el redil está el ganado,
se estremece el pastor acongojado
y gime el caminante entumecido.
Ya no alegra lo ameno, lo florido
de la cumbre del soto ni del prado,
sólo se ve del viento a la violencia
como el ciprés el chopo destrozado.
Nada a su furia tiene resistencia,
turbia se arroja la altarada fuente,
engruesa el arroyuelo su corriente
y sólo en un espanto tan crecido
se escucha el trueno, el rayo y el gemido.

Señales tristes del rigor del hado
[f. 71 r.] son el balar del recental perdido,
de la ágil honda el rápido chasquido,
el más robusto tronco desgajado.
Ya el eco tenebroso en el collado
del trueno que en sus cóncavos resuena,
ya venga triste de diluvios llena
y del cierzo el estrépido agitado.
También advierte de pena fatigado
el viejo Delio la estación violenta,
con Dalmiro, pastor de su majada.
Llenos de espanto su temor aumenta
la cabaña mirar desbaratada,
fugitivo el rebaño por las breñas,
se acogen al abrigo de unas peñas
y con voz que el quebranto la exaspera
Dalmiro empezó a hablar de esta manera:

Dalmiro.

Con qué exceso de enojo, oh Delio amigo,
el cielo se conspira en nuestro daño.
De su furia tenaz es buen testigo
el soto, la ribera y el rebaño,
y estos duros peñascos con su acento
que acompañan también nuestro lamento.

Qué palida la luz nos manifiesta
[f. 71 v.] el sol entre tinieblas enlutado.
Y qué fúnebre mira la floresta
su natural adorno destrozado.

Advierte cómo en líquidos raudales
llora también la selva nuestros males.

Mira despedazado el verde leño
que bajo de sus ramas espaciosas
pasábamos los dos en blando sueño
las horas del agosto rigurosas,
y donde el eco blando de mi acento
llenaba aquestas selvas de contento.

Advierte el arroyuelo, que a la saña
del Aquilón sin su corriente queda,
asolada también nuestra cabaña
sin que lo humilde defenderla pueda,
y en las peñas los céfiros chocando
nuestros suspiros van acompañando.

El rico Tajo en vez del manso estruendo,
en vez de las corrientes lisonjeras,
sólo va crespas olas sacudiendo
matizando de espumas las riberas,
y entre sus hondos senos mumurando
del destino cruel se va quejando.

¡Ves, oh Delio, la verde pradería
qué marchita que está, qué deplorable!
Ya se cambió en dolor nuestra alegría,
[f. 72 r.] la suerte nos aqueja inexorable
y el cielo retirando los oídos
los males cada vez son más crecidos.

Con espanto los céfiros severos
arrancan ramas, troncos y raíces.
Por el monte dispersos los corderos
huyen el tierno amor de sus matices.
¿En qué, para rigor tan duro y fuerte,
pudo este valle, cielos, ofenderte?

Delio.

Justo es de Febo el resplandor helado,
que Tajo gima, que suspire el viento,
destrazo de la selva y el ganado,
que en diluvios se rasgue el firmamento
y que el cielo iracundo y resentido
las cabañas destroce y el ejido.

Causa mayor motiva los rigores
que miras pesaroso en la floresta.
Aún es poca expresión estos furores,
ese llanto y dolor que manifiesta.
Mira si es justo su afligido ceño
cuando el cielo les priva de su dueño.

Ya el vital hilo cortó la adusta Parca,
más tirana jamás, nunca más fiera,
[f. 72 v.] de aquel varón, de aquel justo monarca,
de aquel dechado de virtud sincera.
Mas con decir bastante lo pondero
del invi[c]to, del gran Carlos Tercero.

De aquél a un tiempo padre y soberano,
de aquél que los ingenios animaba,
y que con liberal propicia mano
siempre en nuestra aflicción nos consolaba,
y de quien fomentó con fe con pura
comercio, población y agricultura.

Ya las márgenes pingües españolas
desiertas van a estar y contristadas,
y de los mares las quebradas olas
la orilla besarán apesaradas.
Y este clima feliz de esplendor tanto
vendrá a ser la morada del quebranto.

Jóvenes que a las ciencias aplicadas
se miraban a Carlos protegidos,
tal vez suspirarán apesarados
de los vicios y el ocio seducidos.
Minerva gemirá y en este día
el pesar nacerá de la alegría.

El indio rudo de lejanas tierras
de Carlos el esmero resentía,
[f. 73 r.] inculto en las entrañas de las sierras
ocioso gemirá de noche y día.
Las artes que adquiría con empeño
olvidará en ausencia de su dueño.

El coloso andaluz que el Betis baña
repetirá a los cielos su quebranto,
las fértiles provincias de la España
aumentarán los ríos con su llanto.
Todos suspirarán, pues en un día
ven perdido su aumento y alegría.

Los enemigos de este fértil suelo
recobrarán su aliento desmayado,
del ansioso británico el desvelo,
del sarraceno el eco interesado,

renacerán, pues ven de gozo llenos
rota la mano que les puso freno.

Ya Carlos expiró y el justo cielo
sus virtudes habrá recompensado,
quedando al español solo el consuelo
de tenerlo en el alma retratado.

El cielo quiera prestarle generoso
un sucesor tan justo y poderoso.

Mira si es justo el duro terremoto
con que se anuncia el rígido elemento,
[f. 73 v.] si la montaña, el llano, el verde soto,
deben manifestar su sentimiento.

Rasga los vientos, iracundo cielo,
pues perdimos en Carlos el consuelo.

Alza las olas, furibundo río,
también postraros, árboles frondosos,
que para la aflicción del pecho mío
cortos son los estragos vigorosos.

Sienta la tierra, sienta el firmamento
y afecte lo insensible sentimiento.

Poeta.

Aquí llegaba Delio enternecido
del pesar que en su pecho alimentaba
y del llanto que triste derramaba
el rostro y el pellico humedecido.

En su pesar se estuvo sumergido,
la barba de sus lágrimas bañada,
inquieto suspiraba y afligido.

Dalmiro, de su llanto resentido,
miraba a Delio, triste y consternado,
de la pena su pecho traspasado
y el corazón del susto comprimido.

Mirando el temporal más sosegado
[f. 74 r.] el rebaño conduce a la majada.

Síguele Delio, de dolor cercado,
llegan a su redil con la manada
y en su rústica choza quebrantada
a la llama enjugándose de un leño
del cansancio reposan en el sueño.

[f. 170 r.] Pensamientos de Miguel Álvarez Abarca sobre la estrecha situación a que lo ha reducido la suerte.

Canción.

¡Qué bien hallado estoy con mi pobreza,
 qué de gozos me brinda, qué consuelos!
 No pudieran jamás darle los cielos
 más sólida ventura ni riqueza.
 De la cruel envidia la fiereza
 ni me hiere ni alcanza;
 el cobarde temor de la mudanza
 que aflige a los mortales
 no tiene predominio en mi esperanza,
 ni a mí me angustian presuntivos males.
 Los celos venenosos y fatales
 que alienta el poderoso
 no sofocan mi pecho venturoso
 ni me hacen pisar sendas criminales;
 mis gozos son perpetuos, son iguales,
 y en dulce medianía
 tranquila me es la noche, grato el día.

La agitación continua en que se anhela
 por mantener su fausto el potentado,
 mi alegre corazón desengañado
 [f. 170 v.] sólo en compadecerlo se desvela;
 ni siente, ni se asusta, ni recela
 por el desprecio ajeno.
 El general olvido me es ameno,
 ni nada es mi ventura
 pues a ella debo estar de paz tan lleno
 y es quien mi dulce gozo me procura.
 El silencio en que vivo me asegura
 que la humana vergüenza.
 Ni la cautela, el dolo, la asechanza,
 me hieren con su punta acerba y dura.
 Gozo de independencía la más pura
 y exento de ilusiones
 adbitro, dueño soy de mis acciones.

De lo superfluo libre, mi morada
 lo preciso contiene a mi existencia.
 ¡Cuán costoso es el fausto y la apariencia!
 ¡Cuán cómoda la vida moderada!
 Lo que es preciso al hombre casi es nada,
 si el exceso se mide
 de lo que la invención y el lujo pide;
 un prudente alimento
 cual basta a la salud, y el hambre impide
 decente abrigo de hinchazón exento.

[f. 171 r.] Aquesto logro yo y estoy contento
 sin que nunca la idea
 jamás de lo esencial falta se crea,
 ni me hiera el soberbio vano intento
 de atribuir al oro el valimiento,
 mi alma convencida
 que es hija la virtud de la medida.

¡Con qué lazos tan fuertes aprisiona
 la engañosa riqueza al poderoso
 ¡Con qué tesón tan grave y angustioso
 su albedrío en los fierros eslabona!
 la Abundancia sus gozos inficiona,
 pues de todo colmado
 disfruta del deseo fastidiado
 y apatece el contento
 como quien la desdicha no ha cursado,
 ni sufrió la escasez, ni el sentimiento.
 Mas yo de la abundancia siempre exento
 y por propia experiencia
 labrada en el dolor mi resistencia,
 ¡cuánto placer disfruto en el tormento
 si algún pequeño bien me presta aliento!
 ¡Y cuál es mi consuelo
 cuando escucha mi voz el santo Cielo!

[f. 171 v.] Nadie observa mis pasos, nadie admira,
 ni tampoco censura mis acciones;
 y libre de fijar las atenciones
 ningún suceso en mí recelo inspira.
 La adulación, el dolo, la mentira,
 contra mi dulce olvido
 no dirigen su dardo fementido,
 ni la vana esperanza
 en mí fomenta el celo desmedido,
 origen del error y la venganza.
 La paz del corazón sólo la alcanza
 el dichoso desprecio
 con que el hombre examina el mundo necio.
 Y burlando sus tiros y asechanzas
 en sus propias virtudes se afianza,
 no viendo preminencia
 mayor que la quietud de su conciencia.

Grata pobreza, olvido venturoso,
 origen de mi paz y mi consuelo,
 bajo cuyos auspicios quiso el cielo
 prestar al hombre el bien más generoso.
 En tu seno tranquilo y silencioso

respira el alma mía
libre de la inquietud y la agonía.
Que el apetito humano
[f. 172 r.] con la ambición se adquiere, torpe, impía,
labrando su desdicha por su mano.
En ti, pobreza, encuentro el justo y sano
recurso apetecido
de alejar de mí el ocio envilecido,
de los vicios origen innumero.
Tan sólo miro en Dios, mi soberano,
y en venturosa calma
tranquila en todos casos vive el alma.

Huye tedio, huye, pues, huye tristura,
que acosas engañosa a los mortales,
haciéndoles creer nacen sus males
del origen que el bien más les procura.
En ti, pobreza, sólo se asegura
este enérgico modo
que me hace superior al mundo todo,
y en tus constantes dones
el desprecio adquiriré del torpe lodo
con que el deleite anima las pasiones.
Al cielo dirigidas mis acciones
clamo la Providencia
y me da lo que basta su clemencia,
sin temor, sobresaltos, ni ilusiones,
lejos, lejos de mí las distinciones
y la vana riqueza,
pues gozo todo bien en mi pobreza.